

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 9 de abril de 1992,
en la iglesia
de San Miguel, por el Ilmo. Sr. D.
Carlos Valcárcel Mavor**

Alabado sea siempre, en todo tiempo y en todo lugar, el Santísimo Sacramento del Altar. Excmo, y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis; Excmos. e Illmos. Señores. Señores Presidentes de las Cofradías encuadradas en el Real y Muy Ilustre Cabildo Superior. Señoras y señores: Sean, mis primeras palabras, tras la salutación obligada a quienes nos honran con su presencia y presidencia, las de una no menos obligada gratitud a todos mis compañeros de Cabildo, de venturas y desventuras nazarenas, por el honor que dispensan, confiándome el, para mi, honroso encargo de pregonar la Semana Santa murciana, nuestra Semana Santa, la de todos cuantos aquí nos congregamos, en esta noche de abril, en la hermosa y bellísima iglesia de San Miguel Arcángel, frecuente marco y escenario de mis prácticas piadosas.

No quiero, no debo en modo alguno, entrar en el tema sin antes expresar mi gozo, la satisfacción que me produce pronunciar mi pregon ante la bendita y sagrada imagen del Santísimo Cristo de la Misericordia, de cuya Hermandad, hoy Cofradía, fui fundador, con un grupo de murcianos, en la luminosa mañana del 19 de abril de 1949.

Tampoco quiero dejar pasar la ocasión, la oportunidad, de dedicar un emocionado recuerdo, a quienes nos adelantaron en su encuentro con este Santísimo Cristo muriente y doloroso, bondadoso y clemente, que dice la letra de su Himno, Julián Tudela, José Salcedo, Enrique Alarcón, José Marcos, Antonio Montoya y Tomás Egea. A todos ellos dirijo, con emoción y cariño, este recuerdo que del corazón sube a los labios.

Todo comienza, cuando una mañana primaveral se ha ido quedando en las esquinas, en las calles y en las plazas de la ciudad; cuando el

sestero se deja sentir, con la templanza que anuncia o promete futuros calores todavía lejanos. Murcia, el viejo barrio de la Trinidad, en especial los aledaños de esa provinciana y entrañable plaza de Santa Eulalia, se convierte y troca en jardín o huerto sembrado de calas y azucenas. Son los cofrades del Resucitado, con sus túnicas blancas, son los cofrades de la Resurrección, los que han paseado por la ciudad, envuelta en soles de alegría, bañada en brisas de azahares, la imagen de Cristo, en su Resurrección Gloriosa. En la retina se conserva, aún, la larga teoría de capuces, de cirios y cruces. En el oído todavía resuenan los rancos redobles del tambor, los ecos apagados de la marcha fúnebre, de la marcha pasionaria. Todavía se perciben las volutas y espirales del incienso azulado, que trepa hacia las alturas de la noche ida. En el corazón se agita y se cobija un sentimiento de gratitud profunda, a ese Dios que ha iniciado el camino de su Resurrección, que es heraldo y nuncio de la nuestra.

Feliz contrasentido. Todo comienza cuando todo ha terminado. Una Semana Santa acaba de ausentarse por los amplios portones del tiempo, de la historia. Pero una nueva Semana Santa, la del año venidero, acaba, también, de hacer su entrada, por el no menos anchuroso portal de la vida que nace y que renace.

Un año entero, doce meses por delante, para ir pensando y madurando ideas, que luego, en el transcurso de los días, serán espléndidas realidades. El recuerdo y la ilusión, la añoranza y la esperanza, cogidas del brazo o de la mano.

Y pasarán los cálidos y fogosos días del verano, con sus cielos azules sin mácula que los vele. Como vendrán y alejarán los días de la nube, de la lluvia caída lentamente, de los primeros vientos fríos del otoño y del invierno. Un nuevo año nos dirá que, el tiempo, en su constante caminar, nos lleva nuevamente hacia una Semana Santa, la que vino a nacernos el mismo día en que la anterior era ya, para siempre, pretérito y pasado.

Es como una anticipación del tiempo a los hechos y sucesos, esos hechos y sucesos que acaecen cada año, cuando la Primavera proclama su reinado, en esta tierra mollar, fecunda y generosa de nuestra huerta y en nuestras calles, plazas y callejas, plazuelas y jardines.

Es como una anticipación que se asoma, cuando acaso enero viste de blancas escarchas los banales, quijeros y motas de la Vega; cuan-

do acaso febrero, el desigual febrero, abre resquicios y rendijas a sus puertas, por las que se cuele un Levante humedecido, que de la mar nos llega; un Norte gemidor y punzante, que de Espuña descende o de Castilla baja.

Pero es fiel a su cita, con el tiempo y con el hombre. El almendro, ese árbol que nace y crece en las laderas de la sierra del Saler, en los aledaños y faldas del Santuario donde mora la virgen Patrona de los murcianos, de todos los murcianos. El almendro, ese árbol que ha visto y contemplado, acaso con un temeroso pudor, la desnudez de sus ramas, y que, ahora, en los finales del mes primero o en los días mediados del corto febrero, volverán a vestir de verde sus ramajes, en los que, andando los días, muy pocos días, irán brotando esos botones que, más tarde, serán blancas y diminutas flores, simuladoras de una nieve fingida.

Flor y hoja, hoja y flor, que nos dicen, en su plástico y silencioso lenguaje, que la Primavera se acerca y se aproxima, que, una vez más, en el marzo de los vientos sin malicia, en el marzo o abril de las primeras brisas perfumadas, por el rico mensaje que el azahar envía, a lomos de su soplo, la vida se renueva, la vida se afianza la vida se hace plena, en todo el esplendor de su vigencia.

Y es que Dios hace las cosas desde su infinita sabiduría. Ha querido decir, en medio de lo que parece una contradicción acentuada, que la vida viene cuando la muerte se hace llanto, dolor y desgarramiento del corazón y el alma. Vida en la tierra, en la savia del árbol, en la flor que nace y crece, en el insecto volador, en las venas del hombre, en la ilusión, una vez, de nuevo, renacida. Muerte y Pasión, Pasión y Muerte, en la Carne Benditísima de Dios, recordada y vuelta a recordar, cada año, cuando esa Primavera nos habla de vida y, a la vez, de muerte.

Pero no queda aquí la cosa, no podía quedar en modo alguno. Que, en esa Primavera, tras la muerte que nos duele, pero que nos salva, viene la Resurrección Gloriosa de ese Dios antes clavado en el madero de nuestras culpas. Y es que Dios ha escrito las cosas desde su infinita bondad y sabiduría. Vida en la Tierra, vida en el Cielo. Vida en todo lo creado y por crear, porque Dios es Vida y la Vida está en Dios y con Dios y para Dios.

Es como una anticipación del tiempo a los sucesos. Tras la floración, siempre esperada, del almendro una vez que el limonero y el naranjo se visten de los copos olorosos del azahar, florece en el alma de Murcia y los murcianos el espíritu de penitencia, la recordación repetida, cada año, en la noche de los sábados de Cuaresma.

Y sucede en los caminos polvorientos de la Huerta, en los caminos bordeados de vinagrillos, la flor amarilla y silvestre; las motas de la acequia, en que crecen los granados; en la orilla del brazal, reguera o del merancho, con geráneos de flores color de sangre.

Con el lejano canto del gallo, que anuncia y dice una cercana amanecida, con rumores de aguas que discurren suave y lentamente, como fondo de un sonido que se hace silencio. Los Auroros de Murcia, cansino el paso, tañer de campana marcando el ritmo, la salve en el corazón, en los labios, la vieja salve, que nos lleva a la lejana cultura del lejano Oriente. Los Auroros, entre otras muchas cosas que Murcia aporta, constituyen, también, parte importante del acompañamiento de la Primavera, cuando ésta se hace inseparable amiga de la Semana Santa.

Antes, durante la Cuaresma, nos es dado escuchar, cuando no asis- tir, a esos viacrucis, entre dos luces que pugnan por imponer criterio. Las tenues y parpadeantes luces que emiten estrellas y luceros, encen- didos en las infinitas alturas del espacio. La azulada y todavía débil claridad, que un sol que no ha conseguido, aún, asomarse por las altas cimas de la Cresta del Gallo, envía como preludio de unos resplando- res que llenaran de vida la ciudad y su Huerta.

En las horas opuestas, cuando el sol declina su presencia en las alturas, cuando se hunde detrás de la lejana, pero siempre intuida España, cuando se inicia el pestañeo de las estrellas vespertinas, en los templos nazarenos de la ciudad, se dan cita los miembros que per- tenecen a las cofradías pasionarias, a las que, dentro de unas semanas, sacarán a las calles esos cortejos de penitencia, de amor, de historia y de belleza.

El sonido, que no el ruido, es amable compañero del hombre, en el camino de su vida. Así, en estos atardeceres, algunas veces arrebola- dos, nos es posible oír, si nos acercamos a las orillas del Segura, allí donde la mota era vía transitable, para llegar a esa parcela de la Huerta, llamada Condomina, de con-dominiun, común dominio, los

carros bocinas, los destemplados tambores de la Convocatoria, malamente denominados de la burla que, ensayaban, y lo siguen haciendo, cuando se van aproximando los días grandes de la Semana Mayor.

Y llegara la mañana añil del Domingo de las Palmas y los Ramos. Es el comienzo oficial de la Semana Santa. Decenas de campanas, en su melodía cantarina y alegre, esparcirán por la ciudad, por calles y callejas, plazas y placetas, jardines y parques, el gran recado, el jubilar mensaje que nos dice y narra la triunfal entrada de Jesús en Jerusalén, en la Jerusalén de los Cristianos.

Un recado, un mensaje que correrá por caminos y senderos, trochas y vericuetos, que saltará por encima del río y las acequias, que atraviesa la arboleda, que llega al caserío, que sube a la montaña y a la quebrada baja.

Es el anuncio de que en Murcia, como en todo el Orbe Católico, se reproduce la gozosa escena de hace dos mil años. El Hossana, el grito de Bendito el que viene en nombre del Señor, nuevamente coreado y lanzada a los castos aires de la mañana recién estrenada.

Es un grito de Fé, de Esperanza, de Amor y de Alegría. Es Dios que hace su entrada en la Ciudad Santa. Es Jesús que hace pública proclamación de su realeza. Hasta las piedras gritarían, si la garganta de los hombres se quedase quieta y su voz enmudecida.

Es la hora escogida por Dios, para decirle a la gente, a la humanidad de todos los tiempos, de todos los siglos, que Cristo es Rey, que Cristo es el Mesías, que Cristo es Dios.

Las calles de la ciudad se llenan de niños y de mayores, procesiones recorren los barrios de cada parroquia, las vías que rodean a la Santa Catedral, máxima expresión de la devoción de Murcia, máxima expresión de la belleza y hermosura de nuestra ciudad. Ramos de olivo bendecidos. Palmas cimbreantes, que rubrican y estampan, en la infinita pizarra de los cielos un compromiso de Amor y de Piedad.

Pero, antes, y siguiendo una tradición que pervive en Murcia y en la Región murciana, el Viernes de Dolores habrá sido testigo del primer desfile pasionario, el que organiza la joven cofradía del Santísimo Cristo del Amparo, erigida canónicamente en la parroquia de San Nicolás de Bari, barrio señorial y antiguo, de la vieja y aristocrática Murcia.

Túnicas azules, color de la pureza, a la antigua usanza de la tierra, de nuestra tierra.

Siete son los colores de la Semana Santa Murciana, los colores que visten al hombre, en su conjunción con el símbolo y la idea. De esta conjunción de hombre, símbolo e idea, surge y nace el nazareno de Murcia.

El azul de cielo y de los mares. Es el color de la pureza, a la vez que el color de la inmensidad y de la infinitud, como la Sabiduría, la Bondad y la Misericordia del Señor. El es color distintivo de la Cofradía del Amparo.

El verde jugoso y lozano, de la vegetación huertana, del joven triegal que el viento mece, de las claras y limpias aguas del lago apacible. Es el color de la Esperanza. Es el color de los penitentes de la Cofradía de esta divina advocación de Cristo Crucificado.

Es, el magenta de las túnicas del Lunes Santo, como un rojo que pierde su tono, se entristece, se pone mustio, se cubre de llanto y se troca en antesala de la Pasión. Recuerda a la lila que crece en el Jardín, a la violeta de penetrante aroma. Es el color del Perdón de Dios.

El rojo, encarnado o colorado, es como el rubor encendido en la mejilla de la casta moza, como una rosa de bermejos pétalos, como un clavel que se revienta en llamas, como una hoguera que arde y que se quema, como una puesta de sol novembrina, es el color de la Sangre que brota de la frente, de las manos y de los pies de Cristo, que mana y sale a borbotones, del sacratísimo costado del Señor. Es el color que viste a los nazarenos de la otra orilla del río.

El morado es el color del dolor, de la rosa de pasión, del lirio que nace en la maceta y mece la brisa perfumada, suave y acariciante de la Primavera en plena floración. Es el color de la Penitencia, de los labios callados de Cristo muerto, de sus ojos cerrados y sin vida. Es el color que viste a los nazarenos de Jesús, del Viernes Santo.

Es el negro el color del luto, de la pena y de la muerte. El color sin color de la noche oscura, de la tiniebla, del alma sin luz, de quienes viven al margen de la Fé y de la Esperanza. Es el color que visten, en señal de duelo, los cofrades del Sepulcro.

En fin, el blanco, ausencia de toda sombra, plenitud de luminosos resplandores, de la mañana recién abierta al día, puro y virgen, como

las horas sin mancha de una limpia madrugada. Visten, esta ausencia de tinieblas, los nuevos penitentes de Cristo Yacente y los viejos cofrades de la Resurrección. Es el color de las calas, azucenas, jazmines, de las diminutas y perfumadas flores del galán de noche, así como de las no más abultadas flores del limonero y del naranjo.

Siete días, para buscar a Dios y para hallarlo. Desde el Viernes de Dolores, en las horas en que un día cede ante el peso de millones de estrellas que se encienden en las alturas, cada noche, del Domingo de la Esperanza, del Lunes del Perdón, del Martés de la Salud y del Rescate, del Miércoles de la Sangre, del Jueves del Silencio, del Viernes de Jesús Caminante hacia el Calvario, cargado de una Cruz que no merece; de la Misericordia y del Sepulcro, del Sábado en que Cristo Yace muerto; en fin, del Domingo en que El Señor Resucita de entre los muertos, siete días, tantos como colores pasionarios, para buscar a Dios y para hallarlo.

Pero serían escasos, escasísimos días, menguado tiempo, si solo dispusiéramos de tan corto plazo, para perseguir y conseguir ese encuentro con Dios y con sus cosas. No; disponemos de todo un año, de toda una vida, para porfiar en la búsqueda y feliz descubrimiento.

Dios te sale al encuentro, cada día, cada hora de cada día, cada minuto y cada segundo de cada hora. Lo encontramos en el sol que nos alumbra y nos calienta, en el aire que respiramos, en la flor y en la fruta, en el mar y en la montaña, en la tierra seca, en la que crece el trigo, en la tierra humedecida, en que paca el ganado; en la canción del pájaro mañanero, en los astros que brillan en el universo, en la belleza de las cosas, en la bondad de las mismas, en el Amor, concretamente, pues todo esto es el producto y resultado del Amor de Dios hacia los hombres.

Lo encontramos, también, en el Sagrario, hecho Pan para alimento de nuestras almas. Milagro infinito, del infinito Amor de Dios hacia los hombres.

Y nos hallamos, nos encontramos con El, con Cristo Jesús, en cada hombre que cruza nuestro camino; ese hombre que, acaso, viste, los harapos de su dolor y su miseria, de su angustia sin consuelo, de su fracaso, de su tragedia incomprensible y despreciada. Cuantas veces hemos cruzado de acera, huyendo de su presencia, que nos

resulta ingrata, quizás por que nos sentimos incapaces de dar la mano nuestra a quien nos tiende la suya, necesitada de afectos que carece.

Nos resultará difícil, y poco sincero, buscar el rostro dolorido de Jesús, cubierto de salivazos, de golpes, de gotas de Sangre que resbalan desde su frente herida, si huimos del que precisa de nuestra cordial mirada; pocas palabras podremos dirigir a Jesús, en su cansada y torpe andadura, camino del Calvario, cargado del peso de mis culpas, si no somos capaces de tener frases de consuelo al que lo ha de menester, ni sabemos reír con el que ríe o llorar con el que llora, ni medir con largueza al que triunfa y con amor y palabras de esperanza al que fracasa. Todo quedará en intento vano.

Pero no sea así, salgamos, igualmente, al encuentro del que sufre, del que vive la desesperanza, del que se halla sumido en las penas y amarguras de la enfermedad y el hambre, en la indiferencia y el desdén de sus hermanos, de todos cuantos nos decimos Hijos de Dios, que también es Padre bondadoso de los desheredados.

Mañana, cuando a estas mismas horas, ande por la calle la primera procesión murciana de la Semana Santa, desde la esquina de la calle, en la silla, en el balcón, en la rinconada de la plaza, contemplemos, dispuestos a admirar esa hermosa conjunción de arte, de tradición, de historia, de costumbre, pero, por encima de todo, de religiosidad y de Fé profunda, el paso lento y solemne del cortejo penitente y penitencial del Cristo del Amparo. Le preceden los grupos y figuras escultóricas de Jesús ante Pilatos, Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, llevado a hombros por gentes del mundo del toreo, de la prensa y de la radio, y sigue el paso de Nuestra Señora de los Dolores, y cierra el cortejo procesional la impresionante talla del Santísimo Cristo del Amparo.

Un año mas, tardía y torpemente,
se afana el pensamiento,
se remueve la idea y el recuerdo,
se busca y rebusca la palabra,
con la cual medir la dimensión
de tu presencia entre los hombres.
Esa presencia tuya, que vista
con ojos sin otro alcance que la Tierra,
nos parece abatida, rota y derrotada,

pues muestras tu cansancio,
tu angustia, tu dolor y pena.
Un hombre fracasado ante los hombres,
que llenan su corazón de niebla.
Un año más, nos llamas y requieres,
nos sales al encuentro,
nos abres tus brazos y tu pecho,
esperas la mirada compasiva,
la mano amiga que se tiende
para aliviar tu carga, que es la nuestra.
Y, un año mas, verás la indiferencia,
acaso el frío o la tibieza,
quizás alguna lágrima furtiva,
que enjuga y seca la brisa humedecida de la noche.
También verás, en tu mirar cansino,
alguna oración sujeta entre los dientes,
algún temblor que la emoción sacude.
Es posible, Señor, que brote alguna frase,
una frase contrita y dolorida,
que el viento se lleva de los labios.
Un año mas, tardía y torpemente,
persecuimos la idea y la palabra,
con la cual expresar la hondura de tu drama.
Torpemente, Señor, porque hemos hecho oficio,
de este anual salir a tu camino,
seguirte con la vista y la mirada,
y ver como te pierdes en la sombra,
tras la esquina de la calle y del recuerdo.
Tardíamente, Señor, porque antes que la idea y la palabra,
están las cosas, diciendo en su silencio,
que Tu sufres, que vives plenamente Tu agonía,
y de amor Tu muerte estás viviendo.
Lo dice, sin voz, la blanca cala,
imagen del lívido color de tus mejillas,
el lirio lo afirma, en tus ojeras,
el clavel encendido en tu costado,
en tu frente lo proclama la amapola,

y la azucena en los huesos de tus manos.
Lo dice, sin hablar, la rosa grana,
gotas de tu Sangre son sus pétalos,
deshojados, uno a uno, en la calzada.
Y la gota del rocío, perla húmeda,
nos cuenta del sudor que de ti mana.

Y en la tarde del Domingo de Ramos y de Palmas, cuando quedaron silenciosas las campanas de la mañana, radiante y azul, saldrá a la calle, desde el viejo y hermoso templo de San Pedro, la procesión de la Esperanza, vestida de túnica del color de esta segunda virtud teológica. Jesús entra, triunfante y aclamado, en Jerusalén, a lomos de borriquito domado, símbolo del mundo pagano. Arrepentimiento de María Magdalena, arrojada a los pies de Jesús, enjugándolos con sus lágrimas y secándolos con sus largos cabellos. San Pedro arrepentido, después de haber negado dos veces al Señor, antes de que el gallo, altanero y arrogante, cantase tres. Nuestro Padre Jesús Nazareno, vacilante el paso, que son muchas las culpas nuestras, de la humanidad entera, las que pesan sobre sus cargados hombros. San Juan, fiel acompañante de María, en su dolorida y dolorosa vía de Amargura hacia el monte de las Calaveras. En fin, el Santísimo Cristo de la Esperanza, sembrándola desde la Cruz erguida en la noche y cuya sombra se proyecta sobre las casas y edificios de la larga carrera del cortejo, como queriendo dejar su huella en la dura superficie del cemento o de la piedra, no tan dura, a veces, como el mismo corazón de los hombres.

Empeño de pudor y galanura,
que, por vestir, hasta vistió la rama,
antes desnuda del ropaje,
de sus hojas, color de la Esperanza.
Un árbol se quedaba descubierto,
mostrando la pobreza de sus ramas.
El Arbol de la Cruz, clavado a golpe
del odio y la injusticia humana.
El Arbol de la Cruz, abiertos
sus brazos a la desesperanza.
Pero, quiso el Señor, en su Misericordia,

vestir el Arbol con sus mejores galas,
ese Arbol que sabe de suplicios,
de congojas y agonías angustiadas.
Y aquí está la Cruz mejor vestida,
que los prados sembrados de esmeraldas,
que la noche sembrada de luceros,
que el jardín en que alternan dalias,
alhelíes, camelias, pensamientos,
azucenas, claveles, nardos, calas.
Porque está la Cruz bien florecida,
que la Carne de Cristo es rosa pálida,
rubíes son las gotas de su Sangre,
que de las sienes heridas se resbalan.
Perlas y brillantes, bien tallados,
con el sudor de su frente se amalgaman.
Amapolas le nacen en las manos
y claveles reventones en las llagas.
El hilo de su Sangre redentora,
que del costado brota y mana,
es rosario de rosas encendidas,
rosario de rosas encarnadas.
Y son lirios y pasiones los desgarros,
las heridas ulceradas de la espalda.
Y es estanque sereno, y es rocío,
apacible lluvia y agua clara,
el manantial, transparente y limpio,
de su llorar lágrima a lágrima.
Mira por donde, en el empeño
de pudor y galanura tanta,
el Arbol desvestido de la Cruz,
ha sabido vestir mejores galas
y de nuevo brotan, en los campos,
que besa la luz de castas albas,
los verdes trigales, sin espigas,
que luego serán Pan de mañana.
En los montes ya nacen los romeros
y en los prados ya crece la Esperanza.

En la tarde que se apaga, cuando es la noche la que se enciende, con los primeros resplandores de una luna, la luna llena del Nisán, desde el templo de San Antolín, corazón del barrio castizo y popular, sale a la calle la procesión del Santísimo Cristo del Perdón. Jesús ante Caifás, un hombrecillo se rasga las vestiduras, en señal de dolor, porque Cristo ha confesado su divinidad, una divinidad que había proclamado antes, devolviendo la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, el vigor y la agilidad a los paralíticos y la vida a los muertos. Antes desfiló el Prendimiento, primer paso de la Pasión Dolorosa del Señor. Los Azotes, Cristo herido a golpe de flagelo, rotas sus espaldas, doblado por el dolor del látigo, que desgarrar la carne, que deja al descubierto las venas. El Encuentro de Jesús, con su Santísima Madre, en la vía de Amargura. La Verónica, la Coronación de Espinas, que se hunden y clavan en la bendita frente del Señor. Acaso nuestros malos pensamientos han sido, también, espinas que se clavan y que hieren la dolorida cabeza de Jesús. El Ascendimiento, Jesús levantado, desde el suelo, en la Cruz en que ya está clavado; levantado ascendido en las alturas del Calvario, alzado, acaso en una anticipación a la consagración de su Divino Cuerpo. Cristo del Perdón, con la Madre de Dolores, San Juan y la Magdalena, y, cerrando el cortejo, la Virgen de la Soledad.

Yo quisiera saber, soy torpe y rudo,
por qué esta noche, las estrellas,
enseñan a las lágrimas un surco,
por qué el río se calla su saeta,
y el viento se ha quedado en un susurro.
Quisiera comprender por qué me buscas,
por qué te empeñas en seguir buscando
una mirada indiferente que no llora,
cuando tus ojos van llorando.
Acaso, Señor, y esto me duele,
¿has querido hacer tuyo mi fracaso?
Ayúdame a buscarte, Cristo mío,
a salirte al encuentro, paso a paso,
a decirte, con voz entrecortada,
Señor, perdona mis pecados.

La tarde del Martés Santo, en su declive, es el tiempo en que Dios vuelve a la calle, es el Cristo de la Salud, y Nuestro Padre Jesús del Rescate.

La primera de estas dos procesiones, lo hace desde la vieja iglesia de Santa María de Gracia, después templo del Hospital de San Juan de Dios. Saca en su desfile penitencial las imágenes de San Juan, este año por vez primera, Nuestra Señora de los Dolores y el impresionante Cristo titular, de la Salud. Visten, sus miembros, de túnica blanca con capa roja. Fue fundada por un grupo de jóvenes estudiantes. Procesión, que, como la que le sigue, la del Santísimo Cristo del Rescate, mantienen una actitud severa, continuación del espíritu renovador implantado por la Cofradía del Santo Cristo del Refugio, procesión del Silencio.

Pero, el Martés Santo, antes dedicado a visitar las insignias o grupos escultóricos de la Sangre, hoy llenas con estas dos procesiones, plenas de espíritu de penitencia y de piedad, se despertó con los agudos clarines de la bocina nazarena, con los redobles del tambor destemplado. Eran las convocatorias del Miércoles Santo, de los Coloraos.

Desde San Juan Bautista, parroquia de uno de los mas castizos y populares barrios de la ciudad, sale el cortejo pasionario de Nuestro Padre Jesús del Rescate, en el que figura la Virgen de la Esperanza, patrona de los Agentes Comerciales, que constituyeron el núcleo principal de esta Hermandad, en su fundación, posterior a la de la Cofradía del Titular.

Ambas procesiones, con su particular sello, van dejando una estela de emoción, un temblor que se apodera de la oración entrecortada, que brota del corazón y del alma, y que se hace balbuceo en los labios del que reza a la vez que llora.

Y la tarde del Martes, a esa hora, en que el sol va declinando su viaje, en que el árbol de esmeraldas ramas, incorpora rubíes delirantes y después zafiros enlutados, que se mueren fundidos con la tarde; a esa hora, en silenciosa coyuntura, acudirán a la cita puntuales, el último rayo del véspero y la primera sombra que en la noche nace. ¡Que silencio, Señor, habrá en las calles, en que apenas habita algún suspiro!. Danos, Señor, la salud del alma y cuerpo, tu amistad, Señor, que yo Rescate.

Cuando las altas copas, de la arboleda del jardín de Floridablanca, se vayan tiñendo de un color anaranjado; cuando las esbeltas torres del templo carmelitano, reflejen los postreros rayos de un sol que se bate en retirada, de la otra orilla del Río nos llegará un río de Sangre, una larga teoría de cirios y de cruces, un reguero de luz y penitencia. Es la procesión del Santísimo Cristo de la Sangre, la procesión de los coloraos, la popular procesión del Miércoles Santo.

Es, procesión, la colorada, que comienza con el agua, la que brinda y ofrece la mujer de Samaria, y termina con la Sangre que del costado de Cristo brota y salta. Procesión sacramental, por ende. La Samaritana, bella mujer, arrancada a la Huerta por el artista. El Lavatorio, lección de humildad y mansedumbre; Jesús en Casa de Lázaro, el que había de volver a la vida tras su milagrosa resurrección. Se ha dicho que el milagro de las bodas de Caná, es el milagro del amor filial y que la resurrección de Lázaro es el milagro de la amistad. San Pedro Arrepentido, junto al altivo gallo, que vino a contarle al Apóstol las tres negaciones a Cristo, pecado del respeto humano, de la cobardía en confesar a Cristo. El Pretorio, Ecce-Homo, he aquí al hombre, el que borra el pecado del mundo. Las Hijas de Jerusalén, que salen a consolar a Jesús y es Jesús quien las consuela a ellas. No llorad por mi, llorad por vuestros hijos. Cristo de las Penas, antigua advocación que sirvió de titular a la Cofradía, hasta finales del siglo XVII. San Juan, la Dolorosa y el Santísimo Cristo de Sangre.

Impresionante talla, única versión original de Cristo andante. Es una interpretación del Cristo del Lagar, que, en los siglos XII y XIII, se da a la devoción de los fieles, de la que se conservan unos grabados en Avignon.

El Santísimo Cristo de la Sangre es como una síntesis del Crucificado y de Nuestro Padre Jesús Nazareno, pues, aunque clavado en la Cruz, suelta sus pies del madero, para caminar con su Cruz sobre las hundidas espaldas por el peso, por el agotamiento y los desgarres producidos por el flagelo. Es, su estampa, la del hombre fracasado, sumido en la más angustiosa soledad. Acaso los hombres, los que en aquellos días le llevaron a la Cruz y a la Muerte; acaso, también, los de luego, en el transcurso de los siglos, ayer, hoy y mañana, puedan ver en su figura la del fracaso más terrible.

Pero, no. Cristo Jesús no ha fracasado. Los que le creyeron hundi-
do, los de El huyeron acobardados, los que hoy, todavía, quieren
ignorar su triunfo eterno, se han convertido en los auténticos fracasados de la vida, de lo único bello y hermoso que tiene la vida, la Fe, la Esperanza y el Amor.

El viento, en su murmullo, de ti habla,
de tu anhelante respirar, entrecortado.
Como el agua del Río, en su discurso,
se lleva tu imagen por los prados,
por los sotos, bancales y riberas,
para dejarla descansar en los remansos.
El Cielo, la luna y las estrellas,
con sus lágrimas de luz ponen el llanto.
Un año más, se afana el pensamiento,
buscando ideas cuando existen flores,
escogiendo palabras, cuando hay viento.
Ese viento primaveral y sosegado,
que hace del azahar plegaria y rezo.
¡Que consuelo, Señor, cuanta hermosura!
La del prado, la flor, la brisa pura,
el agua cantarina, el temblor del rocío y su frescura,
¡Que consuelo, Señor no has fracasado!
que la rosa lo dice, y la amapola,
y el viento lo comenta en su recado,
y la lágrima llorada con ternura,
y la oración que se asoma a flor de labios,
la mirada que te busca en derechura.
Todo dice ¡Señor no has fracasado!
No hace falta la idea ni la frase.
Nos basta tu presencia en el Sagrario,
Mi Cristo bendito de la Sangre.

Y llega el Jueves Santo, día en que se hace realidad la Gran Promesa. En la Santa Cena, Jesús convierte el pan y el vino en su Cuerpo Sagrado y en su Preciosa Sangre. Los Apóstoles reciben su primera Comunión. Tras ellos, millones de generaciones han ido reci-

biéndola a lo largo de los siglos! Alabado seas siempre, Señor, en la Santa y Sagrada Eucaristía.

Jueves Santo español y murciano, monumentos cuajados de luz y de flor, luz que es símbolo de la Fe y flor que lo es del Amor. Voces recias de Auroros, entonando las viejas y muchas veces seculares Salves de Pasión, mantillas españolas, vestidas por las mujeres de Murcia, para solemnizar la fecha, para visitar, con gala externa, pero con gala interior, que viste el espíritu de encendidos fervores; para visitar esos monumentos que guardan el Divino Cuerpo de Jesús. Y por la noche, con la ciudad callada, con la luz reducida, en las calles por las que desfila el Santísimo Cristo del Refugio, a la luz que difunden los temblorosos cirios que blanden los nazarenos vestidos de morado y negro, de dolor y luto. Cincuenta años se cumplen en este cuya Semana Santa hoy pregonó. Cincuenta años de la fundación de esta ejemplar cofradía, que vino a marcar un hito y un estilo, en la forma de procesionar en Murcia.

Calles de la ciudad, plenas de gentes que rezan en silencio, que dejan escapar alguna lagrima. Cristo va pregonando, sin palabras, el valor infinito de su Pasión y de su Muerte, para redimir al hombre de sus culpas, traiciones, tibiezas y frialdades.

¡Que silencio, Señor, habrá en las calles,
en que apenas habita algún suspiro!
Y veremos caminar la luna,
andando de puntillas, con sigilo,
y al aire soslayar las plantas,
huyendo de la flor y su quejido,
porque, el pétalo, jugando con el aire,
sus rasos rompe en el espino.
¡Qué vacíos y mudos los carriles,
donde el polvo y la tierra se han dormido!
Yo he visto llorar a unas estrellas,
con llanto de plata y oro fino.
Y he visto algunos hombres que trataban,
de salirte al encuentro en tu camino.
Yo he querido, Señor, seguir tus pasos.
¡He querido, Señor, y no he querido!

¡He querido acercarme y me he alejado!
He querido buscarte y me he perdido,
he querido llorar y me he reído,
he querido rezar y me he callado.
¡He querido. Señor, y no he querido!
Que silencio, Señor, habrá en la noche.
Si mis labios, Señor, están cerrados,
¡Que rece el Corazón, con un suspiro!

Altas horas, en la madrugada del Viernes Santo. El lucero del alba enciende sus azules resplandores. El sol intenta asomarse a la mañana. Las calles de Murcia, los caminos y trochas de la Huerta, se han convertido en jardines, donde florece el lirio, la pasión y violeta. Son los nazarenos de Jesús, que caminan hacia el templo, en que aguardan los pasos que, poco después, formaran en la magna procesión del Viernes Santo. La Santa Cena, la primera Santa Misa de la historia. La Oración del Huerto. Jesús abatido, de rodillas, contempla su agonía. Ha de beber un cáliz de Amargura, un ángel le consuela.

El Prendimiento. Judas entrega al Señor con un beso, ante el cual se estremecen los Angeles en el Cielo. Los Azotes. El chasquido del látigo, que rompe, rasga, destroza las carnes benditísimas de Jesús, que deja al descubierto las venas santas, por las que circula la Sangre Preciosa del Señor. La Caída, tres fueron las veces que Cristo cayó al suelo, dejando gotas de su Sangre en las piedras del camino, acaso unas piedras que el hombre ha ido poniendo, con sus iniquidades, con sus faltas de Amor, de Fe y de Esperanza. La Verónica, la piadosa mujer, que enjugó el rostro del Señor, desfigurado por la Sangre, el sudor y las lágrimas. Cristo, agradecido, le dejó su cara en el Santo Paño. San Juan, el discípulo amado, gallardo, joven, valiente, que acusa, no obstante, las emociones de la noche anterior. Con gracia barroca recoge su túnica. Los nazarenos que lo llevan no pueden descuidar su andadura, porque se exponen a que el Evangelista se les adelante.

Nuestro Padre Jesús, con su paso vacilante, su jadeante respirar, su rostro macilento, ensangrentado, sus ojos mortecinos, entre rojos y violáceos, sus pies descalzos, rotos por la dureza de las piedras del camino, por el paso de la Cruz que el no merece y que nosotros nos hemos ganado, día a día. Pídele un poco de esa Cruz, alíviale de su

fatiga y su cansancio, pídele, también, que detenga su andar, su paso, cada vez mas torpe, busca su mirada, dale la tuya compasiva, ofrécele una plegaria, una lágrima, una oración, tu corazón y tu vida.

Viernes Santo, en la gran mañana del Dolor. Apenas la cara, amasada de luna y de estrellas, de calas y azucenas, de amor y de llanto, de María Santísima, de María Dolorosa, asoma al dintel de la puerta del templo de Jesús, un rayo de sol, que ya se sube a los tejados, desciende a enjugar sus lágrimas. Y a secarlas se atreviera, si el corazón traspasado de la Virgen, no fuese profundo mar de penas y amarguras.

Yo quiero decirle, a esta Dolorosa, norte e imán, imán y norte de todos los Murciananos, yo quiero decirle, con el poeta de nuestra tierra, Luis Díaz Guirao: Mirando a tus ángeles soñé. Viendo tus Dolores padecí. Contemplando tus angustias suspiré. Cuando quise hablarte enmudecí. Quise rezar, Señora, y lloré.

Habrá caído, bajo el peso de tanto dolor y misterio tanto, el día mas Santo del Año, el Viernes en que muere Jesús. Desde el templo de San Miguel Arcángel, este hermoso templo en que nos hallamos, saldrá a la calle el Santísimo Cristo de la Misericordia, que con ella nos mira y contempla en esta noche abrioleña. Le precede la Madre de Misericordia, que las administra en nombre de su bendito Hijo.

Cristo de la Misericordia, Cristo muerto, acaba de pronunciar la última de sus siete palabras. Consumatun est.

Y su Vida, ya sin vida y sin impulso,
mostrándonos una muerte que se palpa,
no le impide, a tu Señor y al mío,
cruzar con tu mirada su mirada.
Porque, busca en mis ojos y en los tuyos,
mi mirar y tu mirar sin gana,
vacíos de ilusiones y quimeras,
cansados de una noche sin mañana.
¡No le dejes pasar, tenlo contigo;
que un instante, un segundo, pronto pasa.
Y es el tiempo que, el Señor, te otorga,
para hacer del corazón rosa de grana,
de tu llanto plegaria enmudecida
y brisa montaraz de tu palabra.

Ya es noche cerrada, cuando los nazarenos negros, dolor y luto, llevan a enterrar a Jesús. Procesión del Santo Sepulcro, la procesión sale a la calle desde San Bartolomé. Virgen de las Angustias, El Cuerpo yerto de Cristo descansa en el regazo de su Madre. Siete puñales se clavan en su corazón dolorido. Virgen de la Amargura, derrotada, abatida, contempla la Cruz Vacía. Se han llevado a Cristo. La Madre llora la ausencia del Hijo querido. Y llega, bajo las estrellas, que lloran lágrimas de oro, el Sepulcro de Dios. La lección eterna de la Muerte que da la Vida. Otra vez San Juan, firme y fiel acompañante de María, Madre suya y Madre nuestra, por infinita generosidad del Señor. San Juan es nuestro representante, el de toda la Humanidad de todos los tiempos y lugares. En el estamos presentes los hombres, cuando acompaña a María Santísima de la Soledad. Cruz y Sepulcro, Dolor y Muerte, en la noche augusta del Viernes Santo.

En las alturas de este Viernes, que se muere, el Sábado Santo que nos nace. En su misma coyuntura, otra vez, desde la otra orilla del Río avanza un río de Sangre, la procesión del Retorno del Calvario. La Cruz Vacía. Cristo está enterrado, en espera, una espera que no se hará de esperar, de su Gloriosa Resurrección. La Magdalena, nuevo paso de esta severa procesión. La Virgen de la Soledad, viviéndola en esta noche, en que las calles se empiezan a dormir, guardan silencio, dejan sola a María, acompañada de sus fieles nazarenos de sus Damas que visten las lujosas y a la vez enlutadas mantillas españolas. Es el Retorno de la Soledad, en las altas horas de una madrugada que se perfila.

En la tarde del Sábado Santo, al filo mismo de anochecida, cuando se apresta y acerca la Resurrección Gloriosa, las calles de Murcia dispuestas a las alegrías y gozos de la triunfal Resurrección, ven pasar los últimos vestigios nazarenos de una Semana Santa que se marcha por los caminos de la historia, del pasado. La Virgen y Cristo Yacente, sobre su lecho rodeado de blancas flores, como la vestimenta de sus penitentes.

Quedan, ya, tras la entrada del cortejo, por las puertas de Santo Domingo, las escenas vividas. La imagen bella y sugeridora de nobles sentimientos. Busi, Salzillo, Roque López, Baglieto, Sánchez Tapia, Sánchez Araciel, Fernández, Pastor, Castillejo, Planes, Sánchez Lozano, González Moreno, Domingo Beltrán, Toledo, Labaña, Liza,

Hernández Navarro, García Mengual, y una serie de autores anónimos, que han hecho posible esta gran y valiosísima colección de esculturas, de imágenes de la mayor categoría artística.

Quedan, resonando suavemente, en el oído, los compases y sonos de las marchas pasionarias, Mektub, Dolorosa, Cristo de la Sangre, Nuestro Padre Jesús Nazareno, Oremus, Mater Mea, Macarena y una prolongada serie de composiciones musicales creadas para dar ambiente, servir de fondo, acompañar con sus notas sentidas y emotivas, los cortejos penitentes de la Semana Santa.

Y nuevamente, en la mañana radiante, azul, aunque a veces se empañen las nubes en velar transparencias, luminosidades, luces de eterna claridad, que iluminan y brillan en el corazón y el alma de los hombres; nuevamente, en esa mañana jubilar y jubilosa del Domingo de Resurrección, miles de campanas del Orbe Católico, del Mundo Cristiano de todas las campanas de las iglesias y templos de Murcia, esparcirán por las calles, plazas, caminos y carriles, por encima del río y las acequias, por encima de la arboleda, saltando colinas y subiendo montañas; dirán a las gentes que dios ha Resucitado, que Cristo Vive, que Cristo estará con los hombres hasta la consumación de los siglos.

Nuevamente, los cofrades del Resucitado, con sus albas túnicas, llenarán las calles de la Ciudad; músicas triunfales y gloriosas, alternarán con el cantar de las campanas, La Cruz Triunfante, vestida de flores; San Juan, otra vez San Juan, siempre San Juan, en las alegrías y en las penas; Cristo Resucitado, con un pié en la tierra y otro a punto de ascender a las alturas. Cristo aparecido a la Magdalena, a los Apóstoles, que darán testimonio de su Resurrección Gloriosa, patente y título que nos acredita como futuros habitantes del Reino Celestial. La Virgen, con su manto azul, su traje blanco, sus penas apenas recordadas, en su mirada y en su rostro, al que ha vuelto el color de la Vida.

Medio día, primeras horas de la tarde, del Domingo de Resurrección. Las calles adyacentes a la entrañable plaza de Santa Eulalia, serán como jardines en que crece y vive la cala y al azucena, el jazmín y el azahar, las blancas túnicas de los cofrades del Resucitado.

En ese preciso instante, sin que nadie lo perciba, aunque todos lo intuyan, habrá muerto una Semana Santa y habrá nacido otra, la de 1993.

Entre una y otra, entre la que acaba de perderse por los umbrales del tiempo, y la que acaba de entrar por los portones de la vida, entre una y otra, el Señor con nosotros.

Jesús es su nombre personal. Es más amable, más íntimo. Cristo es su nombre oficial, propio de su oficio mesiánico, de su dignidad de Redentor. Es más respetuoso, más triunfal.

Nosotros hemos fundido los dos nombres en uno solo. Un nombre que es ideal de conquista para todos los hombres, tesoro de ciencia para los sabios, incentivo de amor para los Santos, canto de victoria para los mártires:

¡ JESUCRISTO, JESUCRISTO, JESUCRISTO !